

La Edad de la Responsabilidad

ROBERT
ZOELLICK

Los historiadores han dividido la historia del mundo occidental en épocas que representan los valores culturales, económicos y políticos del momento. De ahí que se hable de la Edad Oscura (Alta Edad Media), del Renacimiento, de la Reforma y de la Edad de la Razón. Pero ¿cómo se definirá la primera mitad del siglo XXI? ¿Será la Edad de la Regresión, en la que los países se repliegan y busquen soluciones dentro de sus propias fronteras, atesorando recuerdos de prosperidad? ¿Será la Edad de la Intolerancia, en la que se culpe a los inmigrantes y extranjeros por el aumento del desempleo? ¿O será simple y llanamente la Edad de la Decadencia? Podría y debería ser la Edad de la Responsabilidad, como señaló acertadamente el presidente Barack Obama. Para ello serán necesarios un cambio de actitud y políticas de cooperación en Estados Unidos y en todo el mundo.

¿Cómo sería la Edad de la Responsabilidad? En primer lugar, sería una era de globalización responsable, donde la inclusión y la sostenibilidad prevalezcan sobre el enriquecimiento de unos pocos. Ello supone esforzarse en generar un crecimiento que incluya oportunidades para los pobres, desarrollo tecnológico, microfinanciamiento y préstamos para pequeños empresarios, acuerdos comerciales beneficiosos para ambas partes y niveles de ayuda suficientes para alcanzar los objetivos de desarrollo del milenio. Los primeros pasos son finalizar la ronda de negociaciones comerciales de Doha y renovar el compromiso de proporcionar la ayuda que se ha prometido.

Segundo, debería ser una era de gestión responsable del medio ambiente mundial. Las bases para ello podrían sentarse en diciembre en Copenhague, con un acuerdo sobre el cambio climático para reducir las emisiones de carbono mediante el uso de nuevas tecnologías.

Tercero, sería una era de responsabilidad financiera, a nivel tanto personal como sistémico. Ésta debería comenzar con un acuerdo de las principales economías en la cumbre del Grupo de los Veinte (G-20) en Londres, a fin de lograr la cooperación de los gobiernos en materia de ex-

pansión fiscal en un marco de disciplina presupuestaria. Asimismo, dichas economías deberían acordar un plan destinado a evitar el proteccionismo, reabrir los mercados de crédito y hacer frente a los préstamos incobrables para que los bancos puedan recapitalizarse.

Cuarto, sería una era de multilateralismo responsable en que los países e instituciones busquen soluciones prácticas a problemas interdependientes. Ejemplos de ello serían un esfuerzo conjunto por lograr acuerdos sobre suministros de alimentos con fines humanitarios y el precio de la energía, o impuestos que fomenten la inversión en fuentes menos contaminantes y en la conservación de la energía.

Quinto, sería una era de actores responsables, en la que la participación en la economía internacional conlleve tanto responsabilidades como beneficios. En ella, los antiguos clubes de países más poderosos cederían el paso a un grupo ampliado que actuaría de acuerdo con la realidad económica vigente. Este grupo tendría el deber

La sostenibilidad y la inclusión deben prevalecer sobre el enriquecimiento de unos pocos

de actuar en conjunto y de dialogar en conjunto. Nuestra Edad de la Responsabilidad debe ser mundial, no sólo occidental.

La manera en la que se responda a la crisis en los próximos meses determinará el rumbo futuro. Como primer paso, los países desarrollados deberían acordar destinar el 0,7% de sus paquetes de reactivación a un fondo contra la vulnerabilidad, que apoye a los más necesitados de los países en desarrollo. El Banco Mundial podría administrar la distribución del dinero conjuntamente con las Naciones Unidas y los bancos regionales de desarrollo. Podríamos utilizar los mecanismos existentes para entregar los fondos de manera rápida y flexible, con el respaldo de sistemas de seguimiento y salvaguardias para garantizar que el dinero tenga el debido destino.

Tras la crisis del año pasado derivada del encarecimiento de los alimentos y los combustibles, la crisis financiera amenaza todavía más a los países y poblaciones más

pobres. La restricción del crédito y la recesión mundial están socavando los ingresos públicos y restringiendo la capacidad de los gobiernos para alcanzar sus objetivos en materia de educación, salud y género. Los flujos de remesas están desacelerándose. La inversión extranjera y nacional está congelada. El comercio internacional está disminuyendo. La agitación social va en aumento. De acuerdo con las estimaciones, una reducción del 1% de la tasa de crecimiento de los países en desarrollo sumergirá en la pobreza a otros 20 millones de personas. Como resultado de las alteraciones del año pasado, ya han caído en la pobreza 100 millones de personas.

Los países pobres necesitan tres tipos de intervenciones: programas de protección social que ayuden a amortiguar el impacto de la crisis en los pobres; inversiones en infraestructura para sentar los cimientos de la productividad y el crecimiento mientras se da trabajo a la gente y financiamiento para que la pequeña y mediana empresa genere empleo. Los donantes podrían adaptar sus contribuciones al fondo contra la vulnerabilidad de acuerdo con sus intereses. Este enfoque ha dado buenos resultados en el caso del respaldo que Japón y Alemania brindaron hace poco a dos iniciativas del Banco Mundial: la recapitalización de bancos de países pobres y la decisión de otorgar financiamiento provisional para proyectos de infraestructura viables que recientemente quedaron sin apoyo financiero.

Este plan es viable. El objetivo de Naciones Unidas para la asistencia al desarrollo es del 0,7% de las economías nacionales. La meta de proporcionar el 0,7% del paquete de reactivación de cada país desarrollado equivale tan sólo a una pequeña fracción de los cientos de miles de millones destinados al rescate de los bancos y, sin embargo, podría tener una gran influencia en los cientos de millones de personas que son víctimas de una crisis causada por otros. Más importante aún: sería una señal de que el mundo está determinado a resolver la crisis, y no a ser vencido por ella. ¿Acción internacional o políticas de egoísmo nacional? ¿La Edad de la Responsabilidad o la Edad de la Regresión? La opción es clara. ■

Robert Zoellick es presidente del Banco Mundial.

Original en inglés. © 2009 The Financial Times Limited. Reservados todos los derechos